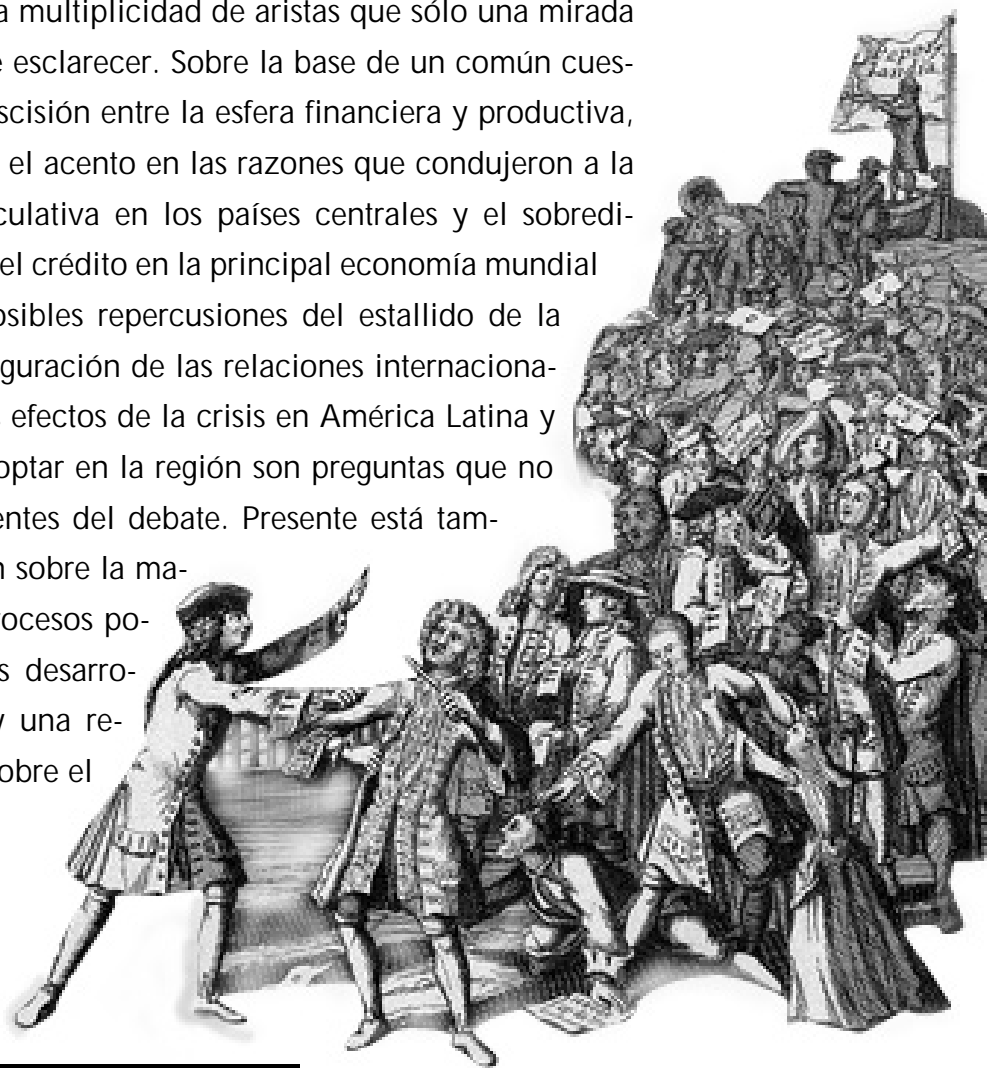


# Temblor *en la* economía internacional

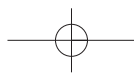
La actual crisis internacional abre un horizonte incierto. Destacados profesores e investigadores de nuestra Facultad presentan en este dossier artículos orientadores para reconstruir su genealogía y evaluar una multiplicidad de aristas que sólo una mirada panorámica puede esclarecer. Sobre la base de un común cuestionamiento a la escisión entre la esfera financiera y productiva, los trabajos ponen el acento en las razones que condujeron a la valorización especulativa en los países centrales y el sobredimensionamiento del crédito en la principal economía mundial y desandan las posibles repercusiones del estallido de la crisis en la reconfiguración de las relaciones internacionales. Cuáles son los efectos de la crisis en América Latina y qué estrategias adoptar en la región son preguntas que no han quedado ausentes del debate. Presente está también una discusión sobre la manera en que los procesos políticos orientan los desarrollos económicos y una renovada reflexión sobre el papel del Estado.

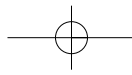


**El crack financiero de 1720** (*fragmento*)

Las acciones y títulos del mundo dan vueltas como en un carrusel

dossier





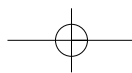
# La crisis económica mundial y los economistas

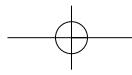
por Mario Rapoport\*

El estallido de la actual crisis económica mundial recuerda, por su virulencia, al crac de la bolsa neoyorquina de 1929, inicio de la larga depresión que sólo culminará con la enorme destrucción productiva y de vidas humanas de la Segunda Guerra Mundial. Pero así como la mayoría de los economistas actuales de las corrientes ortodoxas no previeron esta crisis, sus antecesores de los "años locos" tampoco supieron anticipar el fenómeno. Un caso célebre es el de Irving Fisher, exponente de la teoría cuantitativa del dinero, que días antes del crac de 1929 publicaba que la bolsa había alcanzado su cénit, del que nunca volvería a bajar. Pero también existían en el ambiente económico norteamericano ideas heterodoxas que preveían el futuro desastre, como las de la escuela institucionalista, creada por Thorstein Veblen, que tuvo un representante en el "trust de cerebros" del gobierno de Roosevelt: Rexford Tugwell. Estos economistas criticaban la plutocracia de multimillonarios como los Rockefeller, los Morgan o los Vanderbilt, y planteaban que la desigualdad en el reparto de las riquezas constituía el principal problema de la sociedad norteamericana de la "larga edad del oro", de 1870 a 1929, reclamando una mayor intervención del Estado en la economía. El reciente premio Nobel, Paul Krugman, recuerda en su último libro el título, casi catastrófico, de un artículo del *New York Times*, del 7 de enero de 1923: "El crecimiento de los impuestos amenaza el bienestar nacional". Y trae estadísticas útiles para comparar la inequidad de aquella época (que conduciría a la crisis del '29) con la

actual, resultado de políticas en muchos aspectos similares. En 1920 el 1% de la población percibía el 17,4% de la renta nacional, exactamente lo mismo que en 2005<sup>1</sup>. Entre el *New Deal* -las políticas rooseveltianas que, según Krugman, deben revivirse- hasta los años '70, la distribución de los ingresos mejoró notablemente. Pero desde la presidencia de Reagan se retornó al pasado, favoreciendo con rebajas de impuestos y otros beneficios a los sectores más pudientes. En 1969 el principal ejecutivo de la General Motors ganaba unos 4,3 millones de dólares de hoy; en 2005 el CEO de Wall Mart percibía 23 millones.

Razones políticas e ideológicas explican esta reversión. Así como antes de 1929 se incubaba un consenso de pensamiento económico, que tuvo la oportunidad de implementar sus ideas progresistas para combatir la profunda depresión, escenario de la administración Roosevelt; lo mismo ocurrió en un sentido inverso en las décadas de posguerra. El auge trajo consigo mayores demandas salariales, procesos inflacionarios y caídas de rentabilidad en las empresas. Entonces, en universidades, entidades académicas y empresariales fue creciendo una fuerte corriente de economistas ortodoxos y de intelectuales de derecha, que aprovecharon la crisis de los años '70 para volver a influir decisivamente sobre el poder político: es la llamada "revolución conservadora", madre del neoliberalismo. El economista austríaco ultraliberal Friedrich von Hayek, que venía organizando ya reuniones de colegas afines (la Sociedad del Monte Pellegrino) emigró a





EE.UU., a la Universidad de Chicago, donde lo esperaba un ambiente amistoso, con Milton Friedman y otros monetaristas y ortodoxos. Defensor acérrimo de los mercados a los que creía la única forma de organización compatible con la libertad, Von Hayek acusaba a los sindicatos de perturbar la asignación óptima de recursos al pretender medidas de protección a los trabajadores y salarios mínimos, que, según él, impedían el pleno empleo y provocaban inflación<sup>2</sup>. Una crítica lapidaria al Estado de Bienestar.

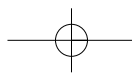
Ciertamente, la expansión de posguerra comenzó a frenarse a principios de la década del '70, poniendo en cuestión las políticas keynesianas. En 1972, el Club de Roma, en su informe *Los límites del crecimiento* presagiaba el fin de una época. El propio éxito de aquellos años alumbró la nueva crisis. Las inversiones norteamericanas en el mundo, la recuperación de las economías europeas y japonesa, la saturación de la demanda interna, los gastos bélicos por la guerra de Vietnam y el desmesurado aumento de los precios del petróleo por parte de la OPEP, terminaron mermando el crecimiento y las ganancias. La búsqueda de oportunidades de inversión y la difusión de nuevas tecnologías informáticas y de comunicaciones expandieron los mercados y los flujos financieros, favorecidos por la transformación del dólar en la divisa clave sin más brújula que la confianza en la buena marcha de la economía norteamericana y en la sabiduría de las autoridades de la Fed.

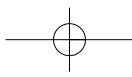
La globalización financiera avanzó a través de una economía "virtual" cada vez más sofisticada. Se procuraban rentabilidades que no ofrecía el sector productivo, amenazado por la competencia de países emergentes, sobre todo asiáticos; y surgían burbujas especulativas fuera de control. También se lograba colocar en países en desarrollo dólares baratos, que quedaron atrapados en la trampa del endeudamiento externo. La economía mundial se desplazaba de la esfera producti-

va a la financiera. Nada de esto evitó, sin embargo, la caída de las tasas de crecimiento económico, en especial en los países más desarrollados. El producto bruto conjunto de éstos pasó de un alza promedio anual del 4,3% entre 1965 y 1979, al 2,7% entre 1980 y 2007, en niveles insuficientes para generar pleno empleo, impidiendo así que la demanda efectiva absorbiera la creciente producción. Esto ocurrió, a pesar de la euforia por la implosión del bloque soviético, que incorporó nuevos mercados al régimen capitalista. Esos procesos favorecieron de todos modos a la economía norteamericana que en los años noventa retomó el crecimiento,

mientras sucesivas crisis asolaban a los países periféricos. Pero en el nuevo siglo la potencia del norte volvió a padecer problemas económicos. Antes del atentado a las torres gemelas comenzaron a quebrar varios *hedge fund* y empresas puntocom con acciones sobrevoladas en la bolsa o directamente vaciadas por sus dueños, como Enron, en un clima especulativo que permitía todo tipo de fraudes. Con la amenaza del nuevo terrorismo internacional el gobierno de Bush (h) optó por una fuga hacia adelante, a través de la intervención militar en Irak, acompañada por políticas de rebajas de impuestos para los más pudientes y un incremento del gasto gubernamental en seguridad y defensa. Esto generó enormes déficit gemelos: fiscal y de cuenta corriente del balance de pagos. La salud económica estadounidense pasó a depender del empuje de la economía china y de otras naciones, que colocan sus excedentes en el comercio mundial en bonos de ese país.

**Una cosa es cierta: esta crisis no supone quizás el fin de un sistema mientras no haya una alternativa superadora en la conciencia de los hombres, pero nos advierte que el paradigma del mercado, y la ideología que lo sustenta, han sido seriamente cuestionados por la realidad.**





Pero la crisis de las *subprime* fue la gota que rebalsó el vaso. No era una simple crisis financiera más. No se trataba de acciones de empresas o bonos gubernamentales. Su base la constituían hipotecas inmobiliarias de alto riesgo transformadas en productos financieros, pero vinculadas a la economía real a través de propietarios de inmuebles. Los primeros se quedaron sin techo y los segundos perdieron brutalmente valor y hundieron al mismo tiempo a la industria de la construcción y a sus cadenas productivas. No sólo perdieron los bancos, sino también millones de familias y consumidores. El sobreendeudamiento crediticio acompañó la sobreproducción de viviendas, pero también de todo tipo de artículos de consumo. El ciudadano medio norteamericano vivía con sus tarjetas de crédito más que con el dólar. La jugada de la Fed de bajar las tasas de interés y expandir la demanda, terminó como el tipo de cambio artificial de la convertibilidad argentina. Pero ahora a los damnificados directos se suman, a través de las nacionalizaciones de bancos por los Estados, los contribuyentes estadounidenses y europeos, o las generaciones futuras en el caso que se recurra al endeudamiento. De todas formas, unos u otros tendrán la obligación de levantar este nuevo Titanic, con medidas que recuerdan la experiencia soviética o al menos a Roosevelt o a Perón. Por cierto que hay que regular la arquitectura financiera internacional, plena de paraísos fiscales y zonas grises, pero es la economía real la que también está en juego. Tal como se observa en las pérdidas de empleos que han sufrido los gigantes de la industria automotriz, como General Motors y Ford, un problema que se expandió como un reguero de pólvora a todo el sector productivo, afectado

ahora tanto o más que el financiero. En Europa la situación es similar y ya la crisis está tocando en forma inquietante a los países emergentes más dinámicos como China.

Una cosa es cierta: esta crisis no supone quizás el fin de un sistema mientras no haya una alternativa superadora en la conciencia de los hombres, pero nos advierte que el paradigma del mercado, y la ideología que lo sustenta, han sido seriamente cuestionados por la realidad.

Como señala William Hutton, la idea de que "no podemos escoger, que estamos predestinados a ser como somos" y que la "única eficiencia posible a nuestro alcance es la que nos brinda la asignación de recursos del mercado", ha terminado por revelarse un verdadero fracaso<sup>3</sup>.

\* *Profesor de Historia Argentina en la Carrera de Ciencia Política.*



#### **El crack financiero de 1720** (fragmento)

La ley como otro Don Quijote se sienta sobre el trasero de Sancho haciendo de todos unos tontos

1. Paul Krugman, *The Conscience of a Liberal*, W.W: Norton & Company, Nueva York, 2007, pp. 31 y 16.
2. Maurice Baslé, "Von Hayek", en *Histoire des pensées économiques. Les contemporains*, Sirey, París, 1988, p. 194.
3. William Hutton, *The State to Come*, Londres, 1997.

